

Unas memorias escritas con sangre

A propósito del libro *Todo tiempo pasado fue peor* de Álvaro Delgado*

Por Ricardo Sánchez Ángel**

El investigador social Álvaro Delgado ha tenido una dilatada presencia entre sus contemporáneos por su labor historiográfica sobre la clase trabajadora en Colombia. Viene a ser, algo así, como el continuador de la saga memorialista de Ignacio Torres Giraldo en su obra *Los Inconformes*. En sus artículos en el periódico *Voz*, en las revistas *Documentos Políticos*, *Estudios Marxistas*, *Revista Internacional* y en folletos y libros, Delgado fue tejiendo una copiosa red, a la vez analítica y documental de materiales sobre las luchas y los procesos proletarios. Lo hizo en calidad de investigador y actor político del Partido Comunista, donde alcanzó cargos de dirección y responsabilidad internacional durante más de tres décadas. Y, donde ejerció también su labor de político disciplinado y combativo, no sólo contra los de arriba, sino con igual o mayor ardentía contra los sectores de izquierda que actuaban, y aún lo hacen, por fuera de la égida del partido.

En la literatura política producida por Delgado es posible releer una de las más implacables páginas contra los trotskistas y maoístas, contra lo que a su juicio y el de su partido, significara un desafío a la autoridad de la Unión Soviética y su doctrina del socialismo y la revolución. Así, ubico yo, mi conocimiento de Álvaro Delgado, de cuyo trabajo me beneficié durante

* Delgado, Álvaro, 2007, *Todo tiempo pasado fue peor. Memorias del autor basadas en entrevistas hechas por Juan Carlos Celis*, Medellín, La Carreta Editores.

** Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia, Profesor titular de la Universidad Externado.

tantos años –al igual que tantos investigadores y educadores del movimiento obrero–, y a quien padecí en sus implacables juicios y anatemas. Un personaje complicado, necesario y reconocido, pero que me repelía como la encarnación del sectarismo comunista. Pero lo mío no es un juicio de verdad, ya que dice a favor de Álvaro su colaboración con *Crisis* y su cálido elogio de Mario Arrubla. Al que le va como a los perros en misa es a Estanislao Zuleta.

Creo que cuando Álvaro Delgado se asoció con el historiador Mauricio Archila y el equipo de movimientos sociales del Cinep, con su utilaje de archivos, estadísticas y con una gran disciplina y creatividad, la investigación profesional, crítica, de alcances científicos, vino a operarse la mudanza en el espíritu libre que es hoy, sin dejar sus lealtades sobre la democracia y el socialismo.

Estas memorias o recuerdos de Delgado, *Todo tiempo pasado fue peor*, son de aquellos libros que según Nietzsche están escritos con sangre, y que cuando se leen se comprende que la sangre es espíritu. Un libro desgarrador, intimista, un viaje a la condición humana cargada de desolación. Una niñez dura, de precariedades y de un padre que se odiará por siempre por autoritario e irresponsable, y la madre como presencia sufriente, que el autor evoca con calidez en la Popayán señorial en donde transcurren sus primeros años. Este viaje a la infancia y a la adolescencia que se realiza en los primeros capítulos del libro es clave para descifrar la parábola vital de este adalid de la reivindicación justiciera del proletariado y constituye un ejercicio de purificación curativa, como todo viaje interior despojado de simulación. Tengo para mí, que el verdadero padre de Álvaro Delgado fue el Partido Comunista y su figura emblemática, el secretario general, que lo representó durante cincuenta años, mal contados, Gilberto Vieira. Personaje a quien el autor evoca con respeto, e incluso admiración, mientras ironiza a otros históricos de esa colectividad como Álvaro Vásquez y Manuel Cepeda. Figura paternal contra la que termina rebelándose, hasta su retiro de la organización.

La dimensión internacional del Partido Comunista fue la de su alineamiento con el Pcus y el régimen stalinista en la Unión Soviética. Así nació en 1930, defendiendo esta experiencia, extremadamente compleja dado su carácter dual, contradictorio, de avance en los beneficios sociales, pero envuelto en una dictadura totalitaria que liquidó la oposición de izquierda e impuso la colectivización forzosa masacrando a millones de campesinos y persiguiendo las libertades, incluso científicas y filosóficas. El análisis de la revolución rusa en su primer década, hasta 1927, mostró un esfuerzo descomunal por hacer del socialismo un régimen social y político de los trabajadores. El balance del régimen consolidado bajo la jefatura de José Stalin mostró el curso cruel de un terror y una restauración del estado policíaco. Cuando en 1989 el socialismo realmente existente colapsó, dejaba en el cementerio de las realizaciones, no el socialismo de los trabajadores, sino su deformación burocrática.

Delgado elogia como virtudes del partido la unidad y la disciplina, de las cuales hizo gala en su militancia, incluso en materias graves, que no compartía, como la intervención soviética con sus tanques para aplastar la Primavera de Praga. O en el caso de la política suicida de la combinación de todas las formas de lucha, que tanto daño hizo a las orientaciones de la Unión Patriótica y la dejó inerme ante el exterminio de la derecha armada. El autor ubica en el maltrato y en el sectarismo las causas de la autoderrota del partido en su relación con el “medio mundo” de trabajadores, intelectuales, mujeres, profesionales que se le acercaron. Tiene entonces razón el prologuista Medófilo Medina, apartándose de la valoración de Delgado, al señalar que la unidad convertida en fetiche y mantenida con métodos antidemocráticos, conduce a los resultados deplorables que el balance de éste libro establece.

La polémica que Delgado realiza contra la vigencia de la lucha armada, su valoración de la mudanza de la guerrilla a organización comprometida en secuestros, en conexión con el tráfico de cocaína y redes delictivas es muy significativa. La realiza alguien que conoce el asunto de primera mano y no precisamente un renegado, ni un traidor. Dice el autor:

“el movimiento guerrillero, transformado en una gigantesca empresa militar y financiera, olvidó sus compromisos con la población trabajadora, pasó a uso de buen retiro a las organizaciones comunitarias del campo y elimina a ciudadanos elegidos por el voto popular, incluidos los de izquierda” (Delgado, 2007, 287)

Este libro es la evocación de alguien que ha conocido el movimiento sindical, sus tendencias, líderes, prácticas y luchas al dedillo, y ha escrito largo sobre ello. Aquí hay recuerdos y semblanzas tristes como las de María Cano y Torres Giraldo, y de exaltación merecida, como la del negro Pastor Pérez, el presidente de la Cstc. Sobre otros movimientos políticos como el Frente Unido y Camilo Torres, Delgado observa una actitud de desdén y superficialidad. En cuanto al papel de Diego Montaña en el sindicalismo su juicio es claramente equivocado.

Como historia de vida es también de los sentimientos, gustos y fobias, del ambiente intelectual por fuera de la organización, de personajes literarios y políticos, de sus colegas periodistas, de sus amoríos furtivos y su epicureísmo, hoy cuando la muerte le ha quitado una pierna, Álvaro Delgado pregona esta filosofía del placer como parte de la vida.

Para mí, estas memorias de Álvaro Delgado son su obra de madurez, lo más logrado de su importante legado. El sociólogo Juan Carlos Celis logró, literalmente, exprimir la memoria, las entrañas y el corazón del viejo lobo comunista. Lo invitó y lo sedujo para que evocara la historia de su propia vida, y con ello, pintar un fresco de la historia del Partido Comunista y de la clase trabajadora. La narrativa de este memorialista es limpia, directa, abundante, adornada de picaresca e ironía, como es propio de quien frecuentó los clásicos del siglo de oro en la biblioteca pública de Medellín. Trabajador del lenguaje, las ideas, los materiales de la historia social, Delgado logró una composición literaria de sus memorias, cuya cualidad más destacada es la belleza que acompaña sus verdades y vivencias.